



Vayamos al encuentro de Jesús.  
¡El nos abre las puertas hacia la felicidad!

## Jesús y Pedro

«Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» ¿Cómo amar a quien es la fuente del amor? Amar a Dios es hacer su voluntad, cumplir sus mandamientos, tomar a Dios en serio, darle un lugar especial en la vida, abrirle y entregarle el corazón sin reservas y con confianza. Amar a Dios es reconocerlo, amarlo y servirlo en cada ser humano que encontramos. [...] <sup>(1)</sup>

«Simón, hijo de Juan ¿me amas?». Es una forma de decirle a Pedro que la vocación de todo ser humano es amar. Amar primero a Dios, que es la fuente del amor, que nos ama. Este amor a Dios implica el amor al prójimo. Porque amar a Dios es hacer su voluntad. Lo que Dios pide es que nos amemos unos a otros. [...] <sup>(2)</sup>



En este último día de Ejercicios espirituales: nosotros, yo, ante Jesús, ¿estamos preparados, estoy preparado para escuchar esa misma pregunta "¿Me amas?" Jesús escruta nuestros corazones, nos conoce, a cada uno, mejor que nosotros mismos. ¿Qué le vamos a contestar? ¿Vamos a poder responderle las palabras que espera de nosotros, de mí? [...] <sup>(3)</sup>

El término “manso” usado aquí significa literalmente dulce, suave, gentil, no violento. La mansedumbre se manifiesta en los momentos de conflicto, se puede ver por la forma en que se

reacciona a una situación hostil. Cualquiera puede parecer manso cuando todo está tranquilo, pero ¿cómo reacciona “bajo presión” si es atacado, ofendido, agredido?

En un pasaje, San Pablo recuerda «la mansedumbre y la dulzura de Cristo» (2 Cor 10,1). Y San Pedro, a su vez, recuerda la actitud de Jesús en la Pasión: no respondió ni amenazó, porque «se confió al que juzga con justicia» (1P 2,23). Y la mansedumbre de Jesús se ve con fuerza en su Pasión.

En la Escritura la palabra “manso” también indica el que no tiene propiedad de



la tierra; y por lo tanto nos llama la atención el hecho de que la tercera bienaventuranza diga precisamente que los mansos “heredarán la tierra”.

En realidad, esta bienaventuranza cita el Salmo 37, que escuchamos al principio de la catequesis. Allí también la mansedumbre y la posesión de la tierra están relacionadas. Estas dos cosas, pensándolo bien, parecen incompatibles. De hecho, la posesión de la tierra es el ámbito típico del conflicto: a menudo se lucha por un territorio, para conseguir la hegemonía de una determinada zona. En las guerras, el más fuerte prevalece y conquista otras tierras.

Pero observemos con atención el verbo utilizado para indicar la posesión de los mansos: no conquistan la tierra; no dice “bienaventurados los mansos porque conquistarán la tierra”. La “heredan”. Bienaventurados los mansos porque “heredarán” la tierra. En las Escrituras, el verbo “heredar” tiene un significado aún más grande. El Pueblo de Dios llama “herencia” precisamente a la tierra de



Israel, que es la Tierra de la Promesa.

Esa tierra es una promesa y un regalo para el pueblo de Dios, y se convierte en un signo de algo mucho más grande que el mero territorio. Hay una “tierra” — permitidme el juego de palabras— que es el Cielo, es decir, la tierra hacia la que caminamos: los nuevos cielos y la nueva tierra hacia la que vamos (cf. Is 65,17; 66,22; 2P 3,13; Ap 21,1).

Entonces el manso es aquel que “hereda” el más sublime de los territorios. No es un cobarde, un “perezoso” que se encuentra una moral cómoda para no meterse en problemas. ¡Nada de eso! Es una persona que ha recibido una

herencia y no quiere dispersarla. El manso no es una persona complaciente, sino el discípulo de Cristo que ha aprendido a defender otra tierra bien distinta. Defiende su paz, defiende su relación con Dios, defiende sus dones, los dones de Dios, defendiendo la misericordia, la fraternidad, la confianza, la esperanza. Porque las personas mansas son personas misericordiosas, fraternas, confiadas y personas con esperanza.

Aquí debemos mencionar el pecado de la ira, un gesto violento cuyo impulso todos conocemos. ¿Quién no se ha enfadado alguna vez?

Todos. Debemos volver al revés la bienaventuranza y preguntarnos: ¿Cuántas cosas hemos destruido con la ira? ¿Cuántas cosas hemos perdido? Un momento de ira puede destruir muchas cosas; se pierde el control y no se valora lo que es realmente importante, y se puede arruinar la relación con un hermano, a veces sin remedio. Por la ira, tantos hermanos no se hablan, se alejan uno del otro. Es lo contrario de la mansedumbre. La mansedumbre reúne, la ira separa.

La mansedumbre, en cambio, conquista muchas cosas. La mansedumbre es capaz de ganar el corazón, salvar amistades y mucho más, porque las personas se enfadan pero luego se calman, se replantean las cosas y vuelven sobre sus pasos, y así se puede reconstruir con la mansedumbre. La «tierra» a conquistar con la mansedumbre es la salvación de aquel hermano del que habla el mismo Evangelio de Mateo: «Si te escucha, habrás ganado a tu hermano» (Mt 18,15). No hay tierra más hermosa que el corazón de los demás, no hay territorio más bello que ganar que la paz reencontrada con un





hermano. ¡Y esa es la tierra a heredar con la mansedumbre!

**Réagir avec une  
humble douceur, c'est  
cela la sainteté !**

Al final de estos días de Ejercicios espirituales, estamos invitados a encontrarnos aún más con el Maestro de la Luz. «Si alguno de nosotros se plantea la pregunta: «¿Cómo se hace para llegar a ser un buen cristiano?», la respuesta es sencilla: es necesario hacer, cada uno a su modo, lo que dice Jesús en el sermón de las bienaventuranzas. En ellas se dibuja el rostro del Maestro, que estamos llamados a transparentar en lo cotidiano de nuestras vidas». [...] <sup>(4)</sup>

(1) <http://choralecsfa.canalblog.com/archives/2016/11/15/34569149.html>

(2) (3) Ibid.

(4) PPAPA FRANCISCO AUDIENCIA GENERAL - Miércoles 19 de febrero de 2020

# Oración

---

¿La ves, Señor, la violencia que sacude al mundo, la violencia de las detenciones arbitrarias y de los atentados, la violencia de las torturas y los asesinatos, espectáculo vertiginoso del Apocalipsis ahora, cadena interminable de horror y humillación? Señor, no nos dejes caer en esta trampa. Líbranos de la ira y la agresividad, del orgullo y el miedo, alimentos de la violencia. Enséñanos a amar a los demás, a todos los demás, aunque se opongan a nosotros y aunque tengamos que parecer imbéciles. Enséñanos a convencer más que a vencer, enséñanos el poder de los medios pobres. Haznos pacíficos y no violentos. Enséñanos a desarmarnos. Sabemos, Señor, gracias a ti, que sólo podemos triunfar a través del Amor

(Gilbert Cesbron)